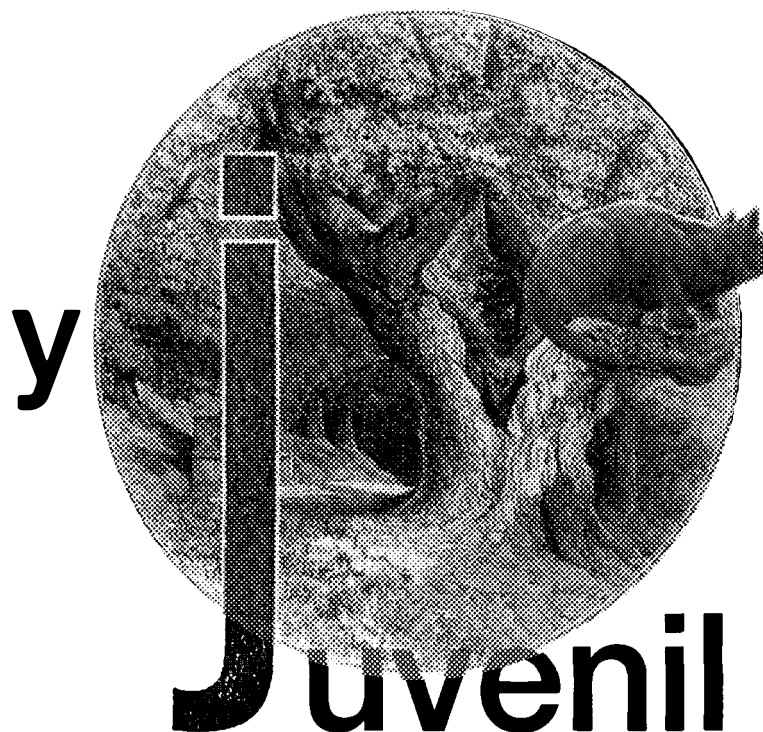


# Literatura infantil



## y Juvenil Cien vueltas

Cien números celebra *EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA* y cien sonrisas se extienden ante mí para solicitarme mi compli-  
cidad, mi colaboración en este número tan especial. ¿Cómo resistirse? Cien veces más lo haría si me lo pidie-  
ran. ¿Literatura infantil y juvenil? Cien números, diez  
años, toda una vida, como dice la canción, y además a las  
puertas del milenio. Mucha materia para las cien escasas  
neuronas que todavía se correlacionan en mi cerebro.

Cierro los ojos, doy marcha atrás, suave, muy suave,  
me remonto a una apolonada oficina donde los libros  
llegaban en cajones (recuérdese que por entonces era el  
famoso *boom*), con un modesto equipo capitaneado por  
un Paco Bernal lleno de entusiasmo y capaz de implicar  
al más perezoso en un proyecto a todas luces loco. ¿Lite-  
ratura infantil y juvenil? ¿Cómo no va a estar presente! Y  
ahí teníamos unas páginas en blanco y negro, pero colo-  
readas de libertad, donde dábamos rienda suelta a nuestras  
ideas, aún las más descabelladas, mientras el resto del  
equipo animaba nuestras aportaciones. De entonces a hoy  
el salto es vertiginoso (también en cuanto a infraestructu-

ra y medios) y el camino ha sido triste en ocasiones, pero  
la esencia del proyecto se sigue manteniendo.

Ahora bien, ¿se sigue manteniendo la esencia de la  
literatura infantil y juvenil de entonces a ahora?

Y en este momento me arrepiento de haber sido atrapa-  
da en la seducción de la sonrisa y de haber dicho que ten-  
dría mi artículo listo. Aquí estoy desde hace días dándole  
vueltas a borradores y notas, a ideas y propuestas, sin  
encontrar el tono adecuado, porque el tema no resulta  
fácil. ¿Los cien libros para una década? ¿Los momentos  
más interesantes? ¿Una panorámica retrospectiva de corte  
nostálgico? ¿Un decálogo futurista para el buen hacer de  
este mundillo?

El tiempo apremia y me ha pillado con la mente en la  
masa y el horno sin conectar. Cien ideas saltan en mi  
cabeza, cien notas me rodean y me dispongo ya a escri-  
bir.

¿Qué han sido estos diez años en la edición de libros  
para niños? ¿En qué ha devenido este sector, este mundi-  
llo, en este tiempo de gloriosos experimentos, de acerta-

das iniciativas, de buenas propuestas y también de malos aciertos?

El panorama que observamos hoy, fruto de estos años pasados, refleja no sólo lo que se ha hecho en el mundo de la edición para niños, sino también lo que está aconteciendo en la cultura sin adjetivos. La literatura infantil y juvenil ha estado en un jardín secreto durante mucho tiempo, un jardín que permitió hermosas aventuras editoriales, pero que hoy se topa con un mercado en el que se quiere integrar y cuyo precio tiene que pagar. Esto conlleva –muy a nuestro pesar– una decadencia y una uniformidad que son las características actuales y que consisten en lo siguiente: hay que vender más y todos desean tener aquello que se vende, bien sea el autor de moda, bien sean los escritores españoles que tanto gustan en la escuela, bien sea la obra internacional que lleva vendidos miles de ejemplares y que aquí, nos guste o no, también venderá miles de ejemplares. También, y simultáneamente, se desea acaparar la mayor atención posible (es decir, en la realidad mínima) en los medios de comunicación que arrastran a las masas hacia el consumo y la ilusión de conseguir un par de líneas en los periódicos de más tirada, así como unos segundos en la tele, centran los esfuerzos de departamentos enteros que, lógicamente, no alcanzan para cubrir las expectativas de los “otros” medios de comunicación, no masivos, sino selectivos.

Así que, por parte de la edición, el cambio más espectacular resulta la gran influencia de la globalización que afecta a todos los ámbitos cotidianos. Comparado con años atrás, un vistazo a los catálogos de los grandes grupos nos invita a numerosas reflexiones, por ejemplo la excesiva proliferación de colecciones, algunas en clara competencia con otras del mismo sello editorial, que denotan la intensa búsqueda de títulos que puedan resultar exitosos en el mercado o la esperanza de que esa colección resulte elegida por los cada vez menos lectores y se ponga de moda. Los estudios de mercado son utilizados por las editoriales (siempre lo han sido), pero ahora estas investigaciones dicen: hay menos lectores, se lee menos y el libro infantil está cada vez más cautivo de la escuela. Estos estudios de mercado también informan de las preferencias de esos lectores por los temas y por su estética. Ya no se busca al lector con objeto de proponerle algo novedoso, ahora el editor sabe muy bien los gustos de los potenciales lectores y a ellos va a ofrecerles lo que buscan. Esto nos lleva a otra reflexión que se confirma paseando por cualquier librería o feria del libro: parece que el libro cada vez resulta más accesible, es un “todo a cien” y la estética de lo barato, pero aparente, llega también a este sector. Del papel galgo al reciclado más horrible no distan sino pocos años; los libros ya casi no se distinguen por la personalidad del diseño de la colección, sino que es el brillo de las portadas y los colores llamativos los que se imponen.

Esta gran corriente en torno a un polo, el de las grandes masas y el de las ventas rápidas, ha obligado a las editoriales a diferenciarse cada vez más en cuanto a sus proyectos. Y esto, que aparentemente puede resultar negativo, nos ha brindado el surgimiento o la consolidación de editoriales pequeñas, modestas, que parten de expectativas menos ambiciosas y, por lo tanto, pueden permitirse libros de mayor calidad, de esos que son más difíciles de vender, que necesitan más tiempo, más complicidad y un público más especial. Eso ha permitido que el álbum resurgiera después de algunos años en los que se pudo contar con los dedos de una mano el total de álbumes publicados, o una buena selección de títulos dentro de un catálogo.

Es decir, lo que en estas pequeñas editoriales se mantiene es la figura de un editor o editora, alguien que crea y da vida a una colección. En estos años, excelentes editores han ido desapareciendo de grandes grupos, sus proyectos han sido remodelados para ser más afines al mercado y, por lo tanto, más unificados, y se diría que hoy en día es la colección la que elige a su editor o editora, y no al revés. No vamos a ponernos nostálgicos pensando en excelentes colecciones donde siempre se podían encontrar libros de autores desconocidos que recibían premios internacionales u otros desconocidos en nuestro país por los que se apostaba, pero tampoco vamos a negar que se prefiere pagar una cantidad elevada por los derechos de un best-seller internacional que por una apuesta arriesgada en nuestro país. Afortunadamente existen excepciones, y la dependencia que hay con la escuela hace que se prefiera publicar a autores españoles, con lo que la producción actual de libros para niños incluye una cantidad desmesurada de escritores nuevos, eso sí, pocos con una obra sólida, como sí había hace años. El *boom* de ahora son los libros para jóvenes donde se pueden descubrir estupendas novelas de escritores que nunca hubieran imaginado escribir para un público tan concreto. Incluso editoriales modestas han creado colecciones para jóvenes y hacen sus apuestas. Ojalá que de aquí a cien números más podamos confirmar la consolidación de este sector. Eso sí, una lectura cuidadosa de estos libros nos sugiere una tendencia evidente: los libros de contenido psicológico, que tratan problemas actuales y que casi pueden clasificarse como libros de autoayuda. Una tendencia mundial a la que resulta difícil escapar.

Frente a esta búsqueda de la existencia, es decir, frente a esta globalización que obliga a estar presente en los medios de comunicación, a ser nombrados para existir, descubrimos que en la realidad la literatura infantil continúa siendo la gran olvidada. Apenas nadie protesta cuando grandes rotativos eliminan sus inestables reseñas de libros para niños, nadie se ofende cuando otros sólo hablan de los autores de la casa y desde luego nadie parece estar necesitando ninguna recomendación. No existen,

porque no se nombran, ni premios, ni ferias, ni congresos, ni encuentros, ni actos relevantes. Los premios, si son para niños, tratan de camuflarse entre los libros generales, y ya nos resulta hasta normal que opinen de libros para niños escritores que reniegan de la propia literatura infantil y juvenil. Los libros para niños parecen ser en la actualidad la *niemandsländ*, la tierra de nadie, aunque den sus buenos dividendos en la bolsa.

La otra tendencia que hay que destacar es la cada vez mayor ausencia de lectores. Tal vez hay más lectores que hace años, pero no son mejores. Las estadísticas no engañan: aumenta el número de analfabetos funcionales y disminuye la natalidad. Triste panorama. Pero ya nos lo temíamos: no en vano algunas librerías especializadas han cerrado sus puertas, y se impone por todos los lados esa falsa recuperación de la tradición oral en forma de cuentacuentos que lo único que revela es la falta de interés por el libro. Que se imponga de manera tan masiva el contador de cuentos significa que cada vez gusta menos leer, encerrarse en uno mismo y enfrentarse al reto de la lectura en solitario. ¿Tendrá que ver esto con los excesos con que se han propiciado determinadas animaciones a la lectura? Durante estos años se ha confundido la animación a la lectura con un juego donde el escritor era un animador y el público, el espectador, está cada vez más alejado del

libro. Sobre todos estos puntos se reflexiona ahora y parece prudente observar el resultado de estos años de trabajo. Trabajo bienintencionado, pero que no siempre ha encontrado la manera correcta de aplicarse. La sociedad sigue una tendencia opuesta a la promoción de la lectura y la cultura y el peso de crear lectores no puede recaer en exclusiva en un sector de dicha sociedad.

Releo estas líneas y me doy cuenta de que finalmente me he metido en un callejón sin salida, aunque me había propuesto un tono mucho más optimista. Pero así están las cosas en estos tiempos, y no me queda otra opción que llegar a preguntas agazapadas. ¿Qué sentido tiene hoy nuestro trabajo? ¿Hace falta en la actualidad la crítica? ¿Necesitan nuestros lectores una opinión? ¿Puede una revista como *EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA* cumplir hoy un papel frente a sus lectores?

Cien preguntas más se me ocurren, cien preguntas cuya respuesta no está en mis manos, sino en las de todos aquellos que nos apoyarán para celebrar, espero, cien números más. ☑

---

Ana Garralón

---

---

# PUBLICIDAD